

MIRADAS AL MUNDO ACTUAL 1931

PRESENTACIÓN POR ADOLFO CASTAÑÓN

Paul Valéry

SOBRE MIRADAS SOBRE MIRADAS
EL MUNDO ACTUAL DE PAUL VALÉRY

Inicia con fanfarrias y fuegos de artificio, temor y temblor, el año 2000 de la era cristiana. Entramos a esta gran piscina incógnita con ansias futuristas y buscando signos, augurios en la novedad por venir de la misma manera que antes el hombre se refería a la tradición y al pasado. La memoria ha sido, al parecer, sustituida por la invención. Pero el 2000 es un año inexistente, una cifra huérfana pues si bien la aritmética más elemental avisa que es el último año del siglo XX, la realidad comercial y cultural atizada por la presencia del número 2 nos precipita en el nuevo siglo y su milenio 2000 —como señala Bernard Pivot—¹. Además, no por nada están ahí esos tres ceros alineados que dicen virtualidad y representan limbo. 2000, entonces, no sólo aparece como un año huérfano —ni totalmente perteneciente a un siglo ni del todo ad-

crito al otro—, sino como un año vacío y preñado de esas posibilidades que tan bien representan el triple cero. Desde luego, el 2 augura parejas, conjunciones y combinaciones, pero los tres ceros (000) hacen pensar en un túnel y en un pozo, en una familia de agujeros, en fin: en una cerradura. ¿Cuáles, cómo, serán las llaves que abran los próximos años? Ya están entre nosotros, hay que reconocerlo, las siluetas de sus dientes: asomarse al futuro es lanzar *Miradas al mundo actual*, para citar el título con que Paul Valéry tituló, primero en 1931 y luego en 1938, sus reflexiones sobre la historia contemporánea.

Intentar definir la fisonomía, las tendencias de los tiempos que vienen, mirar el mundo de cierta manera, intensifica cier-

¹ Bernard Pivot: “Une première dans l’histoire du monde: une année qui ne trouve pas sa place dans un siècle.” *Le Journal du Dimanche*: París, Francia, 2 de enero de 2000, p. 16.

tos rasgos de su ojo intelectual, calibra y supera el presente desde la Cuenta de la Larga Duración: no ve el episodio sino su forma y sólo mira el accidente en cuanto que va inscrito en la constelación de un ciclo. Es cierto que el texto de Paul Valéry no es plenamente original, pues el xx ha sido un siglo consciente de la gran mutación técnica que ya se dibujaba desde antes de su inicio. Buena parte de la cultura vigesimosecular ha sido, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, prospectiva más o menos informada o aleatoria: estocástica, ensayo de futurología, celestinaje profético, cábala y albur de una manera tanto más insólita cuanto ¿más o menos? fabulosa. Ya desde 1918 el autor de *Variété* —reunión de ensayos y artículos afines a los recogidos en *Miradas al mundo actual*—, había empezado a hablar de la condición mortal de las civilizaciones, y la idea de la transformación en verdad abismal que caracteriza a nuestro tiempo pasa por los diversos ensayos que *Variété* recoge (Cf. *La política del espíritu, nuestro soberano bien*, 1934) llega hasta *Mi Fausto* (*Esbozos*) escrita y publicada al final de su vida (1945): tan endiablada es la condición del mundo contemporáneo que Mefistófeles termina por aceptar el pacto que le propone Fausto: y que consiste en que el diablo debe conocer mejor el mundo que le espera si no quiere ver malbaratada su antigua dignidad.

Las palabras preliminares a *Miradas al mundo actual* recalcan algunas de las ideas trabajadas por Paul Valéry a lo largo del libro. Subrayo algunas ideas rectoras: el

mundo ha dejado de ser ilimitado, no hay nada ya por descubrir y ha desaparecido toda tierra incógnita, lo cual significa que la idea de la historia —y de la política— como un conjunto de procesos aislados y paralelos cede el sitio a la realidad de una historia donde los acontecimientos del planeta dependen cada vez más entre sí y son causa y efecto de un solo proceso mundial mayor. Al mismo tiempo, la velocidad, profundidad y exactitud de las comunicaciones han modificado la idea de poder y valor de la propiedad y del territorio que, si bien eran decisivas en el horizonte de las historias autónomas y paralelas y siguen siendo determinantes en este nuevo orden donde el planeta es presa de una implosión comunicativa, lo son ahora mucho menos. El lugar que hasta hace poco ocupaban la propiedad y el territorio lo tienen ahora las relaciones, el entreveramiento e inteligencia de los espacios y territorios. La civilización y la técnica se mundializan: no queda en el orden horizontal ningún territorio intacto. En lo vertical, la movilización integral —añadimos nosotros— no es menos incisiva: todas las edades, las clases y formas sociales participan de esta transformación que no excluye a los cuerpos nacidos o por nacer: la movilización de la mujer, del niño, la popularización de injertos y prótesis, el tráfico de órganos, son signos de este proceso. Las fronteras tradicionales entre naturaleza y cultura se diluyen en las biotecnologías, cultivos transgénicos y manipulaciones genéticas. Ninguno de estos movimientos puede ser ajeno a la filosofía

como lo prueba, por ejemplo, la informática, el mundo de los ordenadores y computadoras que reclama a gritos una reflexión. El texto de Paul Valéry fue escrito antes de la aparición de las diversas modalidades de la inteligencia artificial inventada por Turing y en consecuencia no toca toda las cuestiones apremiantes y complejas que este asunto suscita. Sin embargo el texto de Paul Valéry puede sugerirnos algunas vías de reflexión para mirar nuestro presente vertiginoso y sobre todo darnos ejemplo de formas y actitudes que puede revestir un examen de conciencia a la hora de la transformación de la conciencia, una política de la inteligencia en una época en que las formas tradicionales de creación y recreación de la inteligencia se ven sometidas a las pruebas de la transformación y por eso mismo su identidad padece una crisis. Asombrosamente, las reflexiones del autor de *M. Teste* no han envejecido y las podría haber citado alguno de los redactores anónimos de *The Economist* en el número extraordinario consagrado al *Millenium*.

Si bien puede ser cierto que las civilizaciones son mortales, también lo es que sobreviven en el injerto y resucitan en el rapto de que son objeto. A los ojos de Valéry, América en toda su extensión, suscita un horizonte consolador:

“Cada vez que mi pensamiento se hace demasiado negro, y que desespero de Europa, sólo encuentro una esperanza pensando en el Nuevo Continente. Europa envió a las dos Américas sus mensajes, las creaciones comunicables de su espíritu, lo

que de más positivo ha descubierto y en suma, lo que resultaba menos alterable mediante el transporte y el distanciamiento de las condiciones generales. Es una verdadera ‘selección natural’ la que ahí se ha operado y que extraído del espíritu europeo sus productos de valor universal... No es posible que algunas reacciones importantes se manifiesten un día [en América] como consecuencia del contacto y de la penetración de los factores europeos. No me asombraría, por ejemplo, que pudieran resultar combinaciones muy felices de la acción de nuestras ideas estéticas al insertarse en la poderosa naturaleza del arte autóctono mexicano.”²

En fin, cabe decir que ésta no es la primera ni la última vez que se escribe en México sobre Paul Valéry. Es ineludible recordar el ensayo de Alfonso Reyes titulado “Paul Valéry contempla América” (*Obras Completas*, t. XI, p. 103), donde a propósito de las respuestas del poeta francés a una encuesta de la revista *Síntesis*, el autor de *Visión de Anáhuac* además de repasar algunas coincidencias con su propio discurso, esboza una viñeta del autor de *M. Teste*:

Aún la volubilidad y fluidez de su habla revelan en él esta capacidad inmediata de pensamiento: cuando habla (mientras fulguran los ojillos garzos desde donde Atenea, sin duda, nos acecha), se desliza sobre las palabras —acuaplano o trineo acuático— arrastrado por su velocidad mental. *i*

² Paul Valéry: *Regard sur le monde actuel*, *Oeuvres*, t. II, Gallimard, París, 1960, p. 990.

PAUL VALÉRY

MIRADAS AL MUNDO ACTUAL 1931

Este breve volumen está dedicado primordialmente a quienes no tienen un sistema y no militan en partido alguno; a quienes por ello todavía son libres de dudar de lo incierto y de no rechazar lo que no lo es.

De hecho, son éstos tan sólo estudios de circunstancia. Tratan de 1895, de ayer, de hoy. Tienen ese rasgo en común de ser ensayos, en el sentido más verdadero del término. El lector no hallará más que el propósito de precisar algunas ideas que forzoso es llamar *políticas*, si no fuera porque esta hermosa palabra, tan seductora y excitante para el espíritu, despierta grandes escrúpulos y grandes repugnancias en el autor. Sólo quiso afinar las nociones que recibió de todos, o que se formó con todos, y que a todos sirven para pensar en los grupos humanos, en sus relaciones recíprocas y en sus mutuos malestares.

Tratar de precisar estas materias no es, de seguro, asunto de los entendidos ni de quienes se ocupan de ello profesionalmente: he aquí pues un diletante.

Ignoro por qué las empresas de Japón contra China y de los Estados Unidos contra España ocurridas con poco tiempo de diferencia, me causaron en su momento¹ una impresión particular. Fueron acaso conflictos muy circunscritos, en

Traducción de Lucía Segovia del original francés publicado en el t. II de las *Oeuvres* de Paul Valéry, Gallimard, París, 1960, páginas 913-928.

¹ (1895-1898)

los que, se enfrentaron fuerzas de mediana importancia; y, en cuanto a mí concierne, no tenía motivo alguno para interesarme por aquellos hechos lejanos, a los que nada —ni en mis ocupaciones ni en mis preocupaciones cotidianas— me disponía a ser sensible. Sin embargo, resentí estos acontecimientos puntuales no como accidentes o fenómenos limitados, sino como síntomas o premisas, como hechos significativos cuyo sentido rebasaba con mucho su importancia intrínseca y su aparente alcance. Uno era el primer acto de fuerza de una nación asiática reformada y equipada a la europea; el otro, el primer acto de fuerza de una nación extraída y desarrollada a partir de Europa, contra otra nación europea.

Un golpe que nos llega y de una dirección imprevista puede revelar, de pronto, una nueva sensación existencial de nuestro cuerpo, mostrárnoslo como desconocido; no sabíamos todo lo que éramos y sucede que esta sensación brutal nos vuelve sensibles, por un efecto secundario, a una dimensión y a una figura inesperadas de nuestro ámbito vivo. El golpe indirecto en el Extremo Oriente y el golpe directo en la Antillas me hicieron atisbar, de manera confusa, la existencia de un algo que estos acontecimientos podían alcanzar e inquietar. Me “sensibilizó” las conjeturas que atañían una suerte de idea virtual de Europa de las cuales, hasta entonces no me sentía portador.

Nunca pensé que verdaderamente existiera una *Europa*. Para mí aquel nombre era acaso una expresión geográfica. Sólo por azar pensamos en las circunstancias permanentes de nuestra vida; las advertimos cuando se alteran de pronto. Más adelante, tendré la oportunidad de mostrar cuán burda se vuelve nuestra concepción de la historia, cuán vana y a veces tan ingenua en sus cálculos nuestra política, por esa inconsciencia de las condiciones más simples y más constantes de nuestra existencia y nuestros juicios. Lleva a los hombres más grandes a concebir diseños que evalúan por imitación y relacionándolos a convenciones cuya insuficiencia no ven.

Tenía, en aquel tiempo, la libertad de explorar las lagunas de mi espíritu. Me dispuse a tratar de desarrollar mi sentimiento o mi idea infusa de Europa. Recordé lo poco que sabía. Me hice preguntas, reabrí y hojeé libros.

Creí que era necesario estudiar la historia, y hasta profundizarla, para hacerme una idea exacta del día de hoy. Todas las cabezas preocupadas del mañana

de los pueblos —lo sabía— se nutren de ella. Pero encontré sólo una mezcla espantosa. Bajo el nombre de Historia de Europa, no hallé sino una colección de crónicas paralelas que a veces se cruzaban. Ningún método parecía preceder la selección de los “hechos”, decidir su importancia, determinar claramente el objeto perseguido. Constaté un número increíble de hipótesis implícitas y de entidades mal definidas.

Como la historia abarca la *suma de acontecimientos o de estados que en el pasado fueron interpretados por un testigo*, la selección, la clasificación, la expresión de esos hechos conservados para nosotros, no nos son impuestas por la naturaleza de las cosas; y aunque deberían resultar de un análisis y de decisiones explícitas, casi siempre son relegadas a hábitos y formas tradicionales de pensar o de hablar cuyo carácter accidental o arbitrario no sospechamos. Sin embargo, sabemos que en todas las ramas del conocimiento se logra un progreso decisivo cuando nociones especiales —derivadas de la consideración precisa de los objetos mismos del saber y elaboradas para vincular directamente la observación a la operación del pensamiento y de ésta a nuestros poderes de acción— sustituyen el lenguaje ordinario, medio de primer aproximación que nos brinda la educación y el uso. Ese momento capital de definiciones y convenciones claras y especiales que sustituyen los significados de origen confuso y estadístico, aún no ha llegado para la historia.

En suma, aquellos libros donde busqué lo que requería para apreciar el singular efecto que algunas noticias me produjeron, apenas me brindaron un desorden de imágenes, símbolos y tesis del que podía deducir lo que quisiera mas no lo que requería. Resumiendo mis impresiones, una parte de las obras históricas —me dije— se aplican y se reducen a colorear unas pocas escenas, en el entendido de que estas imágenes *deben* colocarse en el “pasado”. Esta convención ha generado siempre libros hermosos y entre éstos, no hay por qué distinguir (ya que se trata sólo del placer o de la excitación que procuran) los escritos por testigos reales de los que fueron escritos por testigos imaginarios. Estas obras pueden ser de una *verdad* irresistible: semejan aquellos retratos cuyos modelos son polvo desde hace siglos y que, sin embargo, hacen que nos asombremos ante el parecido. Nada, en sus efectos inmediatos sobre el lector, permite distinguir, bajo la relación de lo auténtico, entre las pinturas de Tácito,

de Michelet, de Shakespeare, de Saint-Simon o de Balzac. Podemos a voluntad considerarlos a todos *inventores* o *relatores*. Los prestigios del arte de escribir nos transportan ficticiamente a las épocas que les plazcan. Es por ello que, entre el cuento puro y el libro de historia pura, existen todas las gradaciones, todos los matices: novelas históricas, biografías noveladas, etc. Sabemos además que en la historia misma aparece a veces lo sobrenatural. Interviene entonces la personalidad del lector, por que su sentimiento admitirá o rechazará ciertos hechos, decidirá qué es historia y qué no lo es.

Otra categoría de historiadores elabora tratados tan bien razonados, tan sagaces, tan ricos en juicios profundos sobre el hombre y sobre la evolución de los asuntos, que es imposible concebir que las cosas pudieron gestarse y desarrollarse de otro modo.

Tales trabajos son maravillas del espíritu. Sucede que nada de ello pasa a la literatura y a la filosofía; pero debemos estar prevenidos de que las afecciones y los colores con los que nos seducen y divierten los primeros, la causalidad admirable de la que los segundos nos convencen, dependen esencialmente de los talentos del escritor y de la resistencia crítica del lector.

No quedaría más que disfrutar de estos hermosos frutos del arte histórico sin que mediara objeción alguna contra su uso, si no fuera por que la política se encuentra bajo su influencia. El *pasado*, más o menos fantástico, o más o menos organizado a posteriori, actúa sobre el futuro con una fuerza comparable a la del propio presente. Los sentimientos y las ambiciones se alebrestan con recuerdos de lecturas, con recuerdos de recuerdos, en lugar de resultar de percepciones y datos actuales. El carácter real de la historia está en participar de la historia misma. La idea del pasado sólo cobra sentido y constituye un valor para quien encuentra en sí una pasión por el porvenir. El porvenir, por definición, carece de forma. La historia brinda los medios para pensarlo. Elabora para la imaginación un cuadro de situaciones y de catástrofes, una galería de antepasados, un formulario de actas, de expresiones, de actitudes, de decisiones ofrendadas a nuestra inestabilidad y a nuestra incertidumbre, para ayudarnos a ser en el *porvenir*. Si apurados por circunstancias urgentes o penosas un hombre o una asamblea se ven obligados a actuar, su deliberación antes que ponderar el estado actual de las cosas —*en tanto que no se ha presentado hasta ahora*—

optará por consultar recuerdos imaginarios. Obedeciendo a una ley de la mínima acción —llamémosla así— opuesto a crear, a responder a la originalidad de las circunstancias con la invención, el pensamiento titubeante tenderá hacia el automatismo, recurrirá a los precedentes y se dedicará al espíritu histórico que antes que nada lo llevará a *recordar*, y así podrá decidir sobre un caso completamente nuevo. La historia alimenta la historia.

Es probable que Luis XVI no hubiera muerto en la guillotina sin el ejemplo de Carlos I, y que Bonaparte, si no hubiera reflexionado en la metamorfosis de la República romana en un imperio basado en el poderío militar, no se hubiese hecho emperador. Era un apasionado pero diletante lector de obras históricas; toda su vida soñó con Aníbal, con César, con Alejandro y Federico; y este hombre hecho para crear, que se encontró con la posibilidad de reconstruir una Europa política que el estado de los espíritus, al cabo de tres siglos de descubrimientos, y al salir de los cambios revolucionarios, hacía posible organizar, se perdió en las perspectivas del pasado y en las ilusiones de las grandezas muertas. Declinó en cuanto dejó de sorprender. Se arruinó al volverse semejante a sus adversarios, al adorar a sus ídolos, imitando con toda su fuerza lo que hacía su flaqueza y sustituyendo a su visión propia y directa de las cosas, la ilusión del decorado de la política histórica.

En el Congreso de Berlín, dominado por aquel espíritu histórico que confundió con un espíritu realista, Bismarck no quiso considerar a Europa, se desinteresó de África, usó su genialidad, su prestigio, que lo hacían dueño del instante, únicamente para enredar las potencias en intereses coloniales que las enfrentarían y mantendrían como rivales, celosamente divididas; no vio cuán próxima estaba la hora en que Alemania ansiaría con pasión lo que otras naciones se repartieron a instancias suyas, y que las uniría contra ella, que llegó demasiado tarde. Pensó en el mañana, aunque no en un mañana que nunca se hubiere presentado.

A esta exageración de los papeles en los recuerdos del otro, más o menos exactos, más o menos significativos, corresponde a una ausencia o una insuficiencia de método en la elección, la clasificación, la determinación de valores de las cosas registradas. En especial, la historia no parece tener en cuenta la escala de los fenómenos que representa. Omite señalar las relaciones que deben

existir necesariamente entre la figura y el tamaño de los acontecimientos o de la situación que reporta; sin embargo, los números y los tamaños son elementos esenciales de descripción. No se preocupa de problemas de *similitud*. Es este uno de los motivos que hace tan falaz el uso político de la historia. Lo que fue posible en la escala de una ciudad de la Antigüedad, no lo es en las dimensiones de una gran nación; lo que fue cierto en la Europa de 1870, no lo es cuando los intereses y los vínculos se extienden por toda la tierra. Las nociones mismas que usamos para pensar en los objetos políticos y para discurrir, que a pesar del cambio prodigioso en el orden del tamaño y del número de relaciones han permanecido invariables, se han vuelto insensiblemente engañosas o incómodas. La palabra *pueblo*, por ejemplo, tuvo un sentido preciso cuando se podía reunir a *todos* los habitantes de una ciudad alrededor de un montículo, en un Campo de Marte. El crecimiento del número, empero, la transición al orden de los miles de millones, transformó esta palabra en un término monstruoso cuyo sentido depende de la oración donde aparece, de modo que significa a veces la totalidad indistinta y nunca presente en ninguna parte, a veces el mayor número, en oposición al número restringido de individuos más acaudalados o más cultos...

La misma observación es aplicable a las duraciones. Nada tan fácil como constatar en los libros de historia la ausencia de fenómenos considerables que la lentitud de su producción hace imperceptibles. Escapan al historiador porque ningún documento los menciona expresamente. Sólo un sistema preestablecido de preguntas y de definiciones previas, aún sin concebir, podría advertirlos y tomarlos en cuenta. Un acontecimiento que se dibuja a lo largo de un siglo no aparece en ningún diploma, en ningún volumen de memorias. Así, el inmenso y singular papel de la ciudad de París en la vida de Francia a partir de la Revolución. Así, el descubrimiento de la electricidad y la conquista de la tierra mediante sus aplicaciones. Estos acontecimientos sin igual en la historia humana, aparecen, cuando lo hacen, menos acentuados que tal asunto más *escénico*, y sobre todo más conforme a lo que la historia tradicional acostumbra a relatar. La electricidad, en tiempos de Napoleón, tenía aproximadamente la importancia que se le podía dar al cristianismo en tiempos de Tiberio. Poco a poco se ha hecho evidente que esta enervación general del mundo es rica en

consecuencias, susceptible de alterar la vida inmediata de todos los eventos “políticos” acaecidos desde Amperio hasta nosotros.

Con estos propósitos vemos en qué grado tradiciones y convenciones inconscientes dominan nuestro pensamiento histórico, cuán poco se ha visto influido este por el trabajo general de revisión y de reorganización producido en todos los ámbitos del conocimiento en los tiempos modernos. Sin duda, la crítica histórica ha logrado grandes progresos, pero en general su papel se limita a discutir hechos y a establecer su probabilidad, sin preocuparse de su calidad. Los acoge y a su vez los expresa en términos tradicionales, que implican ellos también toda una formación histórica de conceptos, con lo cual se inmiscuye en la historia el desorden inicial proveniente de una infinidad de puntos de vista y de observadores. Todo capítulo de historia contiene un cierto número de datos subjetivos y de “constantes arbitrarias”. El problema del historiador sigue indefinido en cuanto no se conforma con establecer o refutar la existencia de un hecho interpretado por un testigo. La noción de *acontecimiento*, sin duda fundamental, no ha sido —tal parece— recuperada y repensada con acierto, y esto explica por qué no se han señalado ni apreciado debidamente relaciones de primer orden, como lo mostraré más adelante. Mientras que en las ciencias de la naturaleza, las muchas investigaciones que vienen haciéndose desde hace tres siglos, permitieron reconstruir un modo de ver, sustituyeron la visión y la clasificación ingenua de los objetos por sistemas de conceptos especialmente elaborados, en el orden histórico-político todavía permanecemos en un estado de consideración pasiva y de observación desordenada. El mismo individuo que aborda la física o la biología con instrumentos mentales comparables a instrumentos de precisión, aborda la política con términos impuros, nociones variables, metáforas ilusorias. La imagen del mundo, como se forma y actúa en las mentes políticas de diversos géneros y de diferentes grados, dista de ser una representación satisfactoria y metódica del momento.

Desengañado de la historia, me dediqué a pensar en la extraña condición en que nos hallamos casi todos, simples individuos de buena fe y de buena voluntad, comprometidos desde que nacemos en un drama político-histórico inextricable. Nadie entre nosotros lograría integrar, reconstituir una necesidad del universo político en que se halla, recurriendo a observaciones provenientes

de su experiencia. Los más instruidos, los mejor ubicados pueden incluso decirse, al invocar lo que saben, al compararlo con lo observado, que este saber sólo los lleva a confundir el problema político inmediato cuyo fin consiste en *determinar los nexos de un hombre con la masa de hombres con los que no está en contacto*. Quien sea sincero consigo mismo y deteste especular sobre objetos carentes de un vínculo racional con su propia experiencia, entrará, en cuanto abra el periódico, en un mundo metafísico desordenado. Lo que lea, lo que oiga, rebasará extrañamente lo que constate o pueda constatar. Si se resumiera su impresión, pensaría: *No hay política sin mitos...*

Luego de cerrar todos los libros escritos en ese lenguaje de convenciones sin duda inciertas para quienes las empleaban, abrí un atlas y hojeé distraídamente este álbum de figuras del mundo. Miré y pensé. Pensé primero en el grado de precisión de los mapas que tenía bajo los ojos. Hallé en ellos un ejemplo llano de lo que hace sesenta años llamábamos *progreso*. Un portulano de entonces, un mapa del siglo XVI, y uno moderno, marcan nítidamente las etapas, me dije...

El ojo del niño se abre por vez primera a un caos de luces y sombras, gira y se orienta a cada instante en un conjunto de irregularidades luminosas; pero todavía nada hay en común entre estas regiones lumínicas y las demás sensaciones de su cuerpo. Sus limitados pequeños movimientos corporales le imponen, por otra parte, un desorden de impresiones completamente distinto; toca, jala, aprieta. En su ser, se va afinando el sentimiento total de su propia forma. Por instantes definidos y progresivos, este conocimiento se organiza. El edificio de las relaciones y de las previsiones surge de los contrastes y de las secuencias. El ojo, el tacto y los actos se coordinan en un cuadro con varias entradas que forma su mundo sensible y, por fin —acontecimiento capital— sucede que cierto sistema de correspondencias es necesario y suficiente para ajustar una a una todas las sensaciones coloreadas a todas las sensaciones de la piel y de los músculos. Mientras, las fuerzas del niño crecen y la realidad se construye como una figura de equilibrio donde se ordenan la diversidad de las impresiones y las consecuencias de los movimientos.

La especie humana se comportó como la criatura que vive el hecho cuando se anima y desarrolla en un medio, explorándolo palmo a palmo y reunien-

do a tientas y por ensayos sucesivos, sus propiedades y dimensiones. La especie reconoció lenta e irregularmente la superficie de la tierra. Visitó y representó con creciente precisión sus partes, sospechó y confirmó su sellada convexidad, evaluó, explotó los recursos y las reservas utilizables de la delgada capa que contiene la vida entera...

Mayor nitidez y precisión, mayor potencia; son éstos los hechos esenciales de la historia de los tiempos modernos. Los encuentro esenciales porque tienden a modificar al hombre mismo, y modificar la vida, sus formas de conservación, de difusión y de relación, se me antoja el rasero para medir la importancia de los hechos que deben ser retenidos y meditados. Esta consideración transforma los juicios sobre la historia y sobre la política, pone de relieve desproporciones y lagunas, presencias y ausencias arbitrarias.

En este punto de mis reflexiones, me pareció que toda la aventura del hombre hasta nuestros días debía dividirse en dos fases distintas: la primera, comparable al periodo de estos tanteos desordenados, de estos avances y retrocesos en un medio informe, de estos destellos y de estos impulsos en lo ilimitado, es la historia del niño en el caos de sus primeras experiencias. Pero cierto orden se instala, comienza una nueva era. Las acciones en un medio finito, bien determinado, nítidamente delimitado, rica y potentemente vinculado, no tienen las mismas características ni las mismas consecuencias que tuvieron en un mundo informe y definido.

Observemos sin embargo que estos periodos no se distinguen claramente de los hechos. Una fracción del género humano vive ya en las condiciones de la segunda fase, el resto aún se mueve en la primera. Esta desigualdad genera una parte considerable de las complicaciones actuales.

Considerando mi época en conjunto y tomando en cuenta anotaciones anteriores, me esforcé por distinguir sólo las circunstancias más sencillas y más generales, que al mismo tiempo pueden ser consideradas nuevas.

Constaté entonces un acontecimiento considerable, un hecho de primer orden, cuya propia magnitud, evidencia, novedad, o mejor dicho, esencial singularidad, hicieron imperceptible a nosotros, sus contemporáneos.

Toda la tierra habitable ha sido hoy día explorada, censada, dividida entre las naciones. Concluyó la era de los terrenos baldíos, de los territorios libres, de

los lugares sin dueño, la era de la libre expansión. No hay roca que no lleve bandera, no hay vacíos en los mapas, ni regiones libres de aduanas y de leyes, no hay tribu cuyos asuntos no generen algún expediente y que no dependa por algún maleficio de la escritura de diversos humanistas en sus oficinas distantes. *Empieza el tiempo del mundo finito*. Prosiguen el censo general de recursos, la estadística de mano de obra, el desarrollo de órganos de relación. ¿Qué puede ser más extraordinario y más importante que este inventario, esta distribución y concatenación de las partes del globo? Sus efectos son ya inmensos. Una solidaridad completamente nueva, excesiva e instantánea, entre las regiones y los acontecimientos es la consecuencia muy notoria ya de este hecho mayor. Ahora debemos subordinar todos los fenómenos políticos a esta reciente condición universal; cada uno representando una obediencia o una resistencia a los efectos de esta limitación definitiva y de esta dependencia cada vez más estrecha de las acciones humanas. Las costumbres, las ambiciones, los afectos contraídos durante el curso de la historia anterior no han dejado de existir, pero insensiblemente transportados a un medio de estructuras muy diferentes, pierden su sentido y se vuelven motivo de esfuerzos infructuosos y de errores.

Concluido el reconocimiento total del campo de la vida humana, sucede a este periodo de prospectiva un periodo de relación. Las partes de un mundo finito y conocido se vinculan necesariamente cada vez más las unas con las otras.

Empero, toda política, hasta ahora, ha especulado sobre el *aislamiento de los acontecimientos*. La historia estaba hecha de acontecimientos *localizables*. Cada perturbación producida en un punto del globo se desarrollaba como en un medio ilimitado; sus efectos eran nulos a una distancia suficientemente grande: todo transcurría en Tokio como si Berlín estuviera en el infinito. Era entonces posible, inclusive razonable, prever, calcular o emprender. Había lugar en el mundo para una o más políticas de importancia puntualmente definidas y supervisadas.

Este tiempo llega a su fin. Ahora toda acción repercute por doquier en cantidad de intereses imprevistos, genera un tren de acontecimientos inmediatos, un desorden de resonancia en un recinto cerrado. *Los efectos de los efectos*, que eran antes imperceptibles o insignificantes en relación con la duración de la vida humana y al ámbito de acción del poder humano, se perciben casi de in-

mediato a cualquier distancia, vuelven enseguida a sus causas, y se amortiguan sólo en lo imprevisto. La espera del calculador termina siempre burlada, y lo es en cuestión de meses o de años.

En semanas, circunstancias muy remotas transforman al amigo en enemigo, la victoria en derrota. Ningún razonamiento económico es posible. Los más expertos se equivocan; reina la paradoja.

No hay prudencia, sabiduría, ni genio que esta complejidad no ponga en falta, porque no hay duración, continuidad, ni causalidad reconocibles en este universo de relaciones y contactos multiplicados. Prudencia, sabiduría, genialidad se identifican acaso por cierta hilación de felices sucesos; cuando lo accidental y el desorden dominan, el juego sabio o inspirado no se distingue de un juego de azar; hasta los más dotados se confunden.

Por ello, la nueva política es a la antigua lo que los breves cálculos de un agiotista, las sacudidas nerviosas de la especulación en la plaza del mercado, sus bruscas oscilaciones, sus reveses, sus inestables pérdidas y ganancias son a la antigua economía del padre de familia, a la atenta y pausada agregación de los patrimonios... Los designios largamente acompañados, los pensamientos profundos de un Maquiavelo o de un Richelieu tendrían hoy la consistencia de un buen consejo en la Bolsa.

Este mundo limitado, y donde el número de conexiones entre las partes no deja de crecer, es también un mundo cada vez más equipado. Europa fundó la ciencia, ésta transformó la vida y multiplicó la potencia de quienes la poseían, pero por su naturaleza misma resultó ser esencialmente transmisible; se resuelve necesariamente en métodos y en recetas universales. Los medios que les da a unos, otros pueden adquirirlos.

Y eso no es todo. Estos medios multiplican la producción, y no sólo en cantidad. A los objetos tradicionales del comercio se suma una multitud de objetos nuevos que se desean y necesitan por contagio o imitación. Pronto se exige de los conocimientos necesarios para volverse aficionados y compradores de estas novedades. Entre ellas, las armas más recientes. Como éstas se usan contra ellos, se ven obligados por añadidura a adquirirla. No les cuesta ningún trabajo; se pelean por surtírselas; se arrebatan la ventaja de prestarles el dinero con el que pagarán.

Se desvanece rápidamente la artificial desigualdad de fuerzas en que se fundó durante tres siglos el predominio europeo. Reaparece la desigualdad fundada sobre las características estadísticas en bruto.

Asia es casi cuatro veces más vasta que Europa. La superficie del continente americano es ligeramente inferior a la de Asia. La sola población de China es al menos igual a la de Europa; la de Japón, superior a la de Alemania.

Sin embargo, dominando y descalificando la política europea universalizada, la política europea *local* llevó a los europeos a colaborar en la exportación de los procesos y de la maquinaria que hacían de Europa la soberana del mundo. Los europeos se pelearon el privilegio de abrirle los ojos, instruir y armar a pueblos inmensos, que inmovilizados en sus tradiciones, sólo pedían quedarse como estaban.

Así como la difusión de la cultura en un pueblo vuelve imposible la conservación de las castas y así como las posibilidades de enriquecimiento rápido de cualquiera por el comercio y la industria han vuelto ilusoria y caduca toda jerarquía social estable, lo mismo sucederá con la desigualdad basada en el poder técnico.

En toda la historia nunca habrá peor tontería que la competencia europea en materia política y económica, comparada, combinada y confrontada con la unidad y la alianza europeas en materia científica. Mientras los esfuerzos de las mejores mentes de Europa constituían un capital inmenso de saber utilizable, perduraba la ingenua tradición de la política histórica de envidia y pensamientos *procelosos*. Este espíritu *de pequeños europeos* entregaba, en una suerte de traición a quienes pensaba dominar, los métodos y los instrumentos del poder. La lucha por concesiones o por préstamos, por introducir maquinaria o técnicos, por crear escuelas o arsenales, —lucha que no hace más que transportar a gran distancia las disensiones occidentales—, contiene fatalmente el retorno de Europa al segundo rango que sus dimensiones le asignan, y del que la sacaron los trabajos y los intercambios internos de su espíritu. Europa no habrá tenido la política de su pensamiento.

Es inútil representarse acontecimientos violentos, guerras gigantescas, intervenciones a la Temudzhin, como consecuencias de esta conducta pueril y desordenada. Basta imaginar lo peor. Consideren qué será de Europa cuando

existan en Asia, gracias a sus esfuerzos, dos docenas de Creusot o de Essen, de Manchester o de Roubaix, cuando el acero, la seda, el papel, los productos químicos, las telas, la cerámica y lo demás se produzcan ahí en cantidades aplastantes, a precios invencibles, por una población que es la más sobria y numerosa del mundo, y cuyo crecimiento favorece la introducción de prácticas de higiene.

Estas fueron mis muy sencillas reflexiones ante el atlas, cuando los dos conflictos que mencioné y también la oportunidad de la somera revisión que hice entonces sobre el desarrollo metódico de Alemania, suscitaron estas interrogantes.

Los grandes sucesos ocurridos desde entonces no me han llevado a modificar estas ideas elementales que sólo dependen de constataciones muy fáciles y casi puramente cuantitativas. *La Crisis del espíritu*, que escribí después de la paz, contiene tan solo el desarrollo de mis reflexiones hace más de veinte años. El resultado inmediato de la gran guerra fue lo que tenía que ser: no hizo más que acusar y precipitar el movimiento de decadencia de Europa. Todas estas grandes naciones simultáneamente debilitadas, las flagrantes contradicciones internas de sus principios, el recurso desesperado de ambos partidos a los no-europeos, comparable al recurso del extranjero que se observa en las guerras civiles, la recíproca destrucción del prestigio de las naciones occidentales mediante la lucha de propaganda, sin mencionar la difusión acelerada de métodos y medios militares ni el exterminio de las élites: tales fueron las consecuencias para la condición de Europa en el mundo de esta crisis que gestó largamente un sinfín de ilusiones y que deja tras de sí tantos problemas, enigmas y temores, una situación más incierta, los espíritus más confundidos, un porvenir más tenebroso que lo era en 1913. Existía entonces en Europa un equilibrio de fuerzas; pero la paz de hoy sólo deja pensar en una suerte de equilibrio de flaquezas, necesariamente más inestable. *i*